



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# Historia y Civilización del Mundo Aqueménida y el Imperio de Alejandro

Autor:  
**Briant, Pierre**

Revista:  
ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA  
**2013, 46, 13 - 31**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# HISTORIA Y CIVILIZACIÓN DEL MUNDO AQUEMÉNIDA Y DEL IMPERIO DE ALEJANDRO\*

*HISTOIRE ET CIVILISATION DU MONDE ACHÉMÉNIDE ET  
DE L'EMPIRE D'ALEXANDRE*

*Pierre Briant*  
Collège de France

Fecha de recepción: Febrero 2012

## RESUMEN

Se ha abordado ya frecuentemente la figura de Alejandro el Grande, pero no se han abordado hasta ahora los problemas históricos e historiográficos que comporta hoy tal investigación.

El debate sigue abierto desde la Antigüedad, básicamente, en torno de las ventajas o desventajas que comportan las conquistas y la correlativa visión del conquistador en términos positivos o negativos. Con todo, resta revisar el vasto corpus de las fuentes, así como leerlo a la luz de la historia aqueménida.

## RÉSUMÉ

L'on a déjà très fréquemment abordé Alexandre, mais l'on n'a pas abordé les problèmes historiques et historiographiques que soulève telle enquête. Le débat continue ouvert depuis l'Antiquité, à propos des bénéfices et des pertes que apportent les conquêtes, et aussi de la vision, soit positive, soit négative, de la figure d'Alexandre. Il faut revoir le corpus documentaire et le lire encore sous la lumière de l'histoire achéménide.

---

\* Versión original en francés: Référence papier: Cours et travaux du Collège de France. Annuaire 109<sup>e</sup> année, Collège de France, Paris, mars 2010, p. 689-690. ISBN 978-2-7226-0083-6. Référence électronique: Pierre BRIANT, «Histoire et civilisation du monde achéménide et de l'Empire d'Alexandre», *L'annuaire du Collège de France* [En ligne], 109 | 2010. URL : <http://annuaire-cdf.revues.org/198>. Traducción: Estefanfa Sottocorno (Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional de Tres de Febrero)

**Palabras clave**

Alejandro el Grande – conquistas – historia aqueménida

**Mots clés**

Alexandre le Grand – conquêtes – histoire achéménide

**Alejandro Magno hoy**

El curso inaugurado este año se inserta en una continuidad respecto de aquél del año pasado y de los anteriores, a partir de la primavera de 2000. Efectivamente, había sido anunciado al comienzo del curso del año pasado, dedicado a la memoria de los tiempos aqueménidas durante el período helenístico (*Annuaire 2001-2002*, pp. 763). Este mismo curso venía después de una serie de dos ciclos sucesivos consagrados al enfoque de Darío III y su imperio en las fuentes grecorromanas y en las fuentes persas y árabo-persas<sup>1</sup>. Se ha abordado ya frecuentemente la figura de Alejandro, pero no se han abordado hasta ahora los problemas históricos e historiográficos que comporta hoy tal investigación.

Por lo demás, es posible que la elección de la temática de este año despierte más interrogantes e incluso, observaciones escépticas. ¿Es aún necesario, útil y provechoso introducir una temática que ha permanecido abierta durante tanto tiempo y que ha dado lugar a una marea de artículos y libros en todas las lenguas, incluso films y documentales?<sup>2</sup> ¿Tal relectura está justificada por un incremento y/o una modificación sensible del corpus documental, o/y por un cambio significativo de las tendencias historiográficas? Son justamente estas cuestiones las que se buscará introducir, dando una respuesta muy preliminar y muy abierta a las mismas: sí, el corpus documental se ha engrosado y modificado, pero los resultados de las publicaciones son menos espectaculares de lo que se podría esperar; y, en general, la historiografía más reciente no ha hecho aportes verdaderamente novedosos<sup>3</sup>. Aportar algo nuevo acerca de la historia de Alejandro supone, a la vez, estrechar más íntimamente su figura con la historia aqueménida e intentar comprender, historiográficamente, cómo las interpretaciones sobre Alejandro se han sucedido unas a otras, y cuándo, cómo y por qué se han impuesto unas sobre otras. Programa muy amplio, ilimitado incluso, teniendo en cuenta que la producción ha sido muy abundante desde la Antigüedad hasta

<sup>1</sup> Ver *Darius dans l'ombre d'Alexandre*, París, Fayard, 2003.

<sup>2</sup> Es esclarecedor, en este sentido, la consulta en Internet para la entrada "Alejandro el Grande".

<sup>3</sup> Sobre estos dos puntos, ver (desde la perspectiva de la historia de Darío) *Darius dans l'ombre d'Alexandre*, capítulos 1 y 2 y las notas correspondientes.

nuestros días y que sigue siendo abundante actualmente. Nadie puede pretender haber leído todo y, por lo demás, es dudoso que la exhaustividad en la materia sea absolutamente indispensable, puesto que, si la producción es abundante, es también muy repetitiva<sup>4</sup>.

No se trata, de todas maneras, de seguir paso a paso la construcción de las imágenes de Alejandro, sobre todo, tampoco se trata de analizar individualmente las decenas y decenas de títulos, a menudo poco innovadores. Se trata, antes bien, de destacar las grandes tendencias de la investigación y de la producción, incluyendo las publicaciones de divulgación<sup>5</sup>.

1- Uno de los rasgos más persistentes de la historiografía es la polémica que se ha desarrollado desde los comienzos en torno a los méritos y beneficios de la conquista. ¿Alejandro merece ser considerado como un civilizador o como un destructor? Por ejemplo, en 1974, Eugen Borza editó un libro titulado *El impacto de Alejandro el Grande*, con el subtítulo: *¿Civilizador o destructor?* El título es, por otra parte, algo engañoso, puesto que se trata de una compilación de artículos (fechados entre 1897 y los años 60 del siglo XX) que no abordaban necesariamente esta cuestión de manera directa: sin embargo, se hizo hincapié en el modo en que una quincena de historiadores, mayoritariamente norteamericanos (asimismo, dos autores de lengua alemana), se habían representado, de manera global, las consecuencias de las conquistas: mientras que la mayoría ha postulado un genio militar, algunos exaltan su visión humanista y civilizadora; otros, por el contrario, no se muestran especialmente impresionados por las huellas dejadas por el Macedonio en la historia. Evidentemente, lo importante es saber sobre qué documentación y qué argumentaciones se han apoyado, y se apoyan todavía, las diferentes interpretaciones.

Se citará simplemente, a título de ejemplo particularmente significativo, una polémica recientemente sostenida por dos autores, Ian Worthington y Frank Holt<sup>6</sup>. El primer autor admite, desde el comienzo, que su estudio es “impresionista”, ya que toca numerosos problemas sin discutirlos extensamente (p. 40). Sin embargo –agrega–, le parece útil, porque –siempre citándolo– “hoy existe un abismo entre el Alejandro mítico, imagen muy difundida actualmente, y el Alejandro histórico”. El autor se pregunta, otra vez, por qué Alejandro es llamado

---

<sup>4</sup> Es cierto también que el carácter repetitivo es una marca historiográfica que sería erróneo ignorar.

<sup>5</sup> Ver el análisis preliminar en “Impérialismes antiques et idéologie coloniale dans la France contemporaine: Alexandre le Grand modèle colonial” (1979), retomado en *Rois, tributs et paysans*, París, 1982, pp. 281-290.

<sup>6</sup> *Ancient History Bulletin* 13/2-4, 1999, pp. 39-55; 111-117; 136-140 (ver algunas observaciones en *Darius*, pp. 567-8).

habitualmente “Grande”. Se muestra asombrado y rechaza el epíteto (y, por lo tanto, la interpretación subyacente), porque estima que Alejandro ha fracasado en su triple calidad de rey, de general y de hombre de Estado, por las siguientes razones: “Sin embargo, ¿acaso merece el título de “Grande” un hombre que fue responsable de la muerte de decenas de miles de soldados y de la inútil (*unnecessary*) masacre masiva de pueblos indígenas (*native*)? ¿Cómo decir de un rey que es “grande” cuando prefirió permanecer constantemente en estado de guerra, antes que consolidar los territorios conquistados y la administración a largo plazo? ¿O, más aún, del rey que, por su propia imprudencia, arriesgó a menudo su propia vida y la de sus hombres? ¿O del rey cuyo temperamento violento lo condujo ocasionalmente al asesinato de sus amigos y del rey que, hacia el final de su vida, era alcohólico, paranoico, megalómano y creía en su propia divinidad?”.

En este punto, el autor se anticipa a una eventual objeción: “Se trata, evidentemente, de preguntas que planteamos a partir de nuestras propias normas actuales, pero, sin embargo, son legítimas, teniendo en cuenta la influencia que Alejandro ha ejercido a través de la historia, una influencia que, sin ninguna duda, continúa ejerciendo”. A continuación, los argumentos susceptibles de sostener tal argumentación: (i) sus conquistas iban en contra de los intereses de la Macedonia propiamente dicha, a causa de las bajas considerables, el flujo constante de tropas enviadas desde Macedonia, que se vio así despoblada y expuesta a los peligros exteriores; (ii) las oposiciones se manifestaron al interior de su propio ejército, como lo muestran los numerosos amotinamientos, en 326 en India, en 324 en Opis. En ocasión del primero, uno de sus oficiales, Coinos, le hace frente de manera directa, tomando la palabra en nombre de los soldados. El autor supone que la muerte de Coinos, poco tiempo después, es sospechosa, indicando así que Alejandro lo hizo matar. Las bajas continúan al regreso de la India, a causa de la elección de una ruta difícil, donde los hombres caen como moscas; (iii) por otra parte, aun cuando el autor subraya la vastedad de las cualidades de jefe de Alejandro, juzga que ha cometido numerosos errores incluso en este ámbito: luego de Issos, toma la ruta del Sur en lugar de perseguir a Darío, deja entonces a su adversario el tiempo para reconstruir su ejército; muchos sitios de ciudades fueron prolongados, costosos y de beneficios dudosos: se guía sólo por objetivos personales (la voluntad de obtener la victoria, a cualquier precio). Además, numerosas victorias se debieron a la suerte, por ejemplo, en Issos: “Darío emprendió la huida y, para decirlo francamente, era un jefe mediocre: la batalla podría haberse desarrollado de otro modo, si Alejandro hubiera tenido enfrente a un general más competente, como Memnón, por ejemplo... también tuvo suerte en la batalla de Gránico, ya que su ejército era más numeroso que los contingentes persas reclutados a las apuradas y el Gran rey no estaba presente para exhortar y conducir a sus tropas personalmente...”; (iv) cometió

muchos errores también como rey y hombre de Estado: la adopción de reglas propias de la corte aqueménida, como la prosquinesis, “era pura estupidez de su parte, si pensaba que tales reglas serían aceptadas fácilmente por sus soldados”; (v) se condujo como megalómano (su voluntad de considerarse como un dios) y no aceptó contradicciones: mató a quienes se le oponían (Filotas y Parmenión, Cleitos, Calístenes); (vi) finalmente, estima el autor, Alejandro se mostró incapaz de conducir una verdadera estrategia de conquista: obedeció sólo a sus pulsiones, asumiendo riesgos sin evaluarlos, en la guerra como en la caza; (vii) en conclusión, “Es fácil ver, entonces, por qué, por una parte, Alejandro ha sido considerado como grande, pero también, por otra parte, por qué su grandeza –y por ende el epíteto– debe ser sometida a debate en interés de la exactitud histórica (*in the interests of historical accuracy*)” (p. 56).

La visión desarrollada por Worthington fue vivamente criticada por Frank Holt, en la misma revista. Éste señala que tal visión se sitúa en las proximidades de la escuela llamada habitualmente “escuela revisionista” (Badian, Bosworth), en cuanto pretende reaccionar en contra de una visión idealista de Alejandro y sus conquistas (desarrollada particularmente por Tarn). Holt reacciona contra lo que llama “la nueva ortodoxia” (p. 112), o “el nuevo consenso” (p. 115). Retomando muchos ejemplos utilizados por Worthington, intenta mostrar que el autor se ha dejado conducir por una visión preestablecida, con el riesgo de introducir contrasentidos respecto de algún texto, o incluso errores groseros de interpretación de los textos antiguos; en estas condiciones, muchas conclusiones deben ser tomadas con cautela, en particular, aquélla que presenta a Alejandro practicando sistemáticamente el terror. En conclusión (p. 127): “La fuerte inclinación actual a deconstruir la figura heroica de Alejandro ha contribuido a crear un nuevo consenso a propósito del rey, que implica el riesgo de volver a los historiadores insuficientemente prudentes. En la medida en que son la consecuencia de una lectura *a priori* de las fuentes, las ideas de Tarn han sido justamente criticadas, pero la reacción correctiva tan felizmente ofrecida por Badian nos ha conducido, quizás, a una nueva ortodoxia extrema que se opone igualmente a los intereses de la exactitud histórica” (p. 117).

No se tiene la intención de responder a la cuestión de saber si Alejandro debe ser o no calificado en términos de “Grande”; bajo esta forma, la polémica no reviste ninguna pertinencia. Notamos simplemente al pasar que la misma ha estado abierta desde los comienzos de la historiografía moderna. La reflexión de Rollin constituye una prueba de ello, extrayendo la moraleja de una bella acción de Alejandro: “Tales sentimientos de bondad generosa y compasiva hacen los honores del príncipe, en mayor medida que todas las victorias y todas las conquistas. Si Alejandro los hubiera conservado en todo momento, habría realmente merecido el título y apodo de grande...”. Este enfoque se sitúa en la línea de una discusión que comenzó a ser formulada desde la Antigüedad,

particularmente por Orosio quien, a pedido de Agustín de Hipona, quiso demostrar que las desgracias del mundo (pagano) habían sido desencadenadas por conquistadores ignorantes de Dios, embriagados por su poder y despreciando lo que hoy llamaríamos “derecho de los pueblos”. La obra de Orosio (*Historia/Contra los paganos*) es interesante no sólo en sí misma, sino también por las relaciones expresadas de manera muy clara que se establecen entre el juicio sobre Alejandro y la visión global sobre el rol de Dios en la historia de los hombres. Al interior de la Historia de Orosio, Alejandro no representa más que un capítulo, pero un capítulo especialmente interesante para nosotros. El desarrollo se inserta estrechamente en la lógica del autor: “En aquellos días, igualmente, nació Alejandro el Grande, que fue un abismo de males y el ciclón más atroz para todo Oriente” (III.7.5). Antes de ocuparse de las torpezas de Alejandro, Orosio tampoco se muestra más blando en relación a su padre, Filipo, cuyas conquistas, devastaciones y masacres detalla: “Detentó el poder durante 25 años, durante los cuales acumuló todas las violencias y concentró la integridad de los males” (III.12.1); sometió Grecia mediante la combinación de la violencia y la astucia: “Mientras que Filipo observaba, como desde un sitio de acecho, sus conductas insensatas y, brindando ayuda al más débil, como un experto en la astucia, mantenía las tensiones, alimento de las guerras, sometió igualmente a vencedores y vencidos” (III.12.11); cometió múltiples sacrilegios y masacres: “Cuando Filipo se vio impedido de entrar en Grecia por las fortificaciones de Termópilas, desvió contra sus aliados la guerra preparada contra sus enemigos: invadió como enemigo las ciudades de las que había sido jefe poco antes y que se disponían a recibirlo y felicitarlo, las saqueó cruentamente y, suprimido todo sentimiento de alianza, vendió como prisioneros de guerra a las mujeres y los niños de todas ellas, destruyó también sus templos y los saqueó y, sin embargo, jamás en el transcurso de esos 25 años, fue vencido, como si los dioses estuvieran irritados. Luego de eso, pasó a Capadocia (Tracia), mató a los reyes vecinos de los que se apoderó por astucia” (III.12.16-18); ejerció violencia también al interior de su reino y de su propia familia: “Luego de las masacres, los incendios, los pillajes llevados a cabo en las ciudades aliadas, se entregó a los fratricidios: dado que temía a los coherederos del reino, engendrados por su padre y su madrastra, se propuso matarlos. Pero, como había matado a uno de sus hermanos, dos de ellos se refugiaron en Olinto: poco después, marchando como enemigo contra esta ciudad, muy antigua y muy próspera, Filipo la vació de sus riquezas y sus hombres, tras haberla llenado de matanzas y de sangre, y arrancó de allí a sus hermanos, a los que hizo torturar hasta la muerte. A partir de entonces, transportado por la destrucción de sus aliados y sus fratricidios, pensaba que todo lo que había proyectado le estaba permitido... Para no dejar inviolada ninguna ley humana ni divina, decidió entregarse también a la piratería” (III.12.19-20); se encarna con sus propios súbditos: “Desplazó a su gusto poblaciones y ciudades, según le

pareciera que los sitios debían ser ocupados o abandonados. Se observaba por todas partes un espectáculo que inspiraba piedad, y la más abominable especie de desgracia: soportar la destrucción sin invasión, la cautividad sin guerra, el exilio sin acusación, la dominación sin vencedor. En medio del tormento de las injusticias, el espanto oprime a los infelices y el dolor se incrementa por su mismo solapamiento, un dolor profundamente enterrado, en tanto conviene menos a quienes temen confesarlo..." (III.12.29-31). En definitiva, el reino de Filipo fue un desastre para Grecia: "Así, habiendo sido sofocada la libertad, mutiló el cuerpo tan pleno de gloria de Grecia, antes floreciente, lleno ahora de muñones y despedazado" (III.12.33). El autor se indigna contra aquellos que querrían, con el retroceso de la historia, hacer de Filipo un héroe: "Durante 25 años, la perfidia, el salvajismo y el imperialismo de un solo rey desencadenaron los incendios de las ciudades, los estragos de las guerras, los pillajes de las riquezas, los robos de los rebaños, la venta de los bienes de los muertos y la esclavitud de los vivos" (III.14.10).

Orosio, en este punto, vuelve a Alejandro, al que había introducido más arriba de este modo: "En aquellos días, igualmente, nació Alejandro el Grande, que fue un abismo de males y el ciclón más atroz para todo Oriente" (III.7.5). Efectivamente, Alejandro no se quedó atrás respecto de su padre, todo lo contrario: "Estas hazañas de Filipo serían suficientes para dar testimonio de las desgracias, grabadas en nuestra memoria, incluso si Alejandro no lo hubiera sucedido en el poder. Dejo en suspenso, momentáneamente, las guerras de este último –sería más valioso ocuparse de las desgracias del mundo durante estas guerras–, que vinieron después, para presentar aquí las guerras romanas según el orden cronológico" (II.15.1).

Y poco después, vuelve a los capítulos 16-20 del libro III. Considera que las victorias sobre Darío sólo han conducido a una "serie de desgracias": miles de hombres han sido masacrados en el transcurso de batallas y sitios, regiones enteras han sido devastadas y un gran número de pueblos han debido resignarse a un sometimiento que rechazaban en el fondo de sí mismos; Alejandro se mostró astuto y calculador: por ejemplo, en ocasión de la consulta del oráculo de Amón, simplemente "para suprimir, gracias a una mentira forjada para la circunstancia, la vergüenza de una filiación paterna dudosa y la infamia del adulterio paterno". No dio muestras de piedad hacia sus enemigos y fue igualmente cruel hacia los suyos: "Era insaciable de sangre humana, ya fuera la de sus enemigos o la de sus aliados" (18.10). El autor había ya señalado que antes de partir a la guerra, "hizo matar a todos sus parientes y conocidos" (III.16.3). En efecto, "su crueldad hacia los suyos no fue inferior a su furor contra el enemigo, dan testimonio de ello no sólo su primo Amintas asesinado, su madrastra y sus hermanos muertos, Parmenión y Filotas masacrados, Atalo, Euriloquio, Pausanias y muchos príncipes macedonios eliminados, también Cleitos, entrado en años, un viejo amigo,

asesinado de manera sacrílega” (III.18.8). pronto fue el turno de Calístenes, sobrino de Aristóteles, “que mató junto con muchos otros nobles, porque no había querido adorarlo como a un dios, tras el abandono del saludo habitual” (III.18.11).

Al mismo tiempo que la brutalidad y la violencia de la conquista, Orosio reprocha a Alejandro la conquista misma: no sólo es “insaciable de sangre humana”, “siempre está sediento de una nueva carnicería”: razón por la cual la muerte de Darío no significó el fin de la expedición: “Luego de aquello, se dirigió hacia la India con el objetivo de dar a su imperio el Océano y el extremo Oriente como límites” (19.1). El espanto sobrecogió al mundo entero, como lo muestran los embajadores que lo esperan en Babilonia: venían “de las provincias aterrorizadas del mundo entero... Tan grande era el miedo, inspirado por el jefe en lo más profundo de Oriente, que había invadido a los pueblos del extremo Oriente, que se podía ver, viajando a través de todo el mundo, una embajada proveniente de regiones donde apenas se podía creer que hubiera llegado la noticia” (20.1; 3). Su muerte misma es presentada como el símbolo de su condenable avidez: “Sin embargo, murió en Babilonia cuando, todavía sediento de sangre, con una avidez mal temperada, tomó veneno por la traición de un servidor” (20.4).

Para que las cosas resulten completamente claras, Orosio ubica a Alejandro en el contexto de su propósito, que es, nos recuerda, “demostrar la alternancia cíclica de las calamidades” (20.5). En este conjunto, Alejandro no era más que un “jefe sanguinario”, es necesario no olvidarlo nunca, insiste: “Pensamos que se recordará siempre la violencia que un bandido transitorio (*fugax latro*) infligió a un sector del mundo” (20.9). Como lo había hecho en ocasión de su desarrollo sobre Filipo, se niega a exaltar las hazañas de la conquista y a reducir la expedición a una serie de victorias: “En verdad, si se estima que esta época de Alejandro debe ser glorificada a causa del valor militar (*virtus*) por el cual la totalidad del mundo fue poseído, más bien que maldita a causa del desastre por el cual el mundo se vio convulsionado, se encontrará, inmediatamente, gran cantidad de gente que piense, por una parte, que nuestra época debe ser glorificada porque se obtuvieron numerosas victorias y, por otra parte, gente que cuente las desgracias ajenas como prosperidad propia” (20.10). Luego, Orosio mostrará, además, en qué medida las conquistas de Alejandro produjeron una ruina durable, ya que su muerte fue seguida de desastres todavía más grandes, consecuencia de las rivalidades entre sus sucesores (23.1-6).

En definitiva: Orosio ha desarrollado una visión de Alejandro totalmente opuesta a la visión heroica desarrollada de manera complaciente por una corriente dominante de la historiografía antigua: Orosio no niega la evidencia, esto es, la sucesión de victorias y conquistas, pero critica las modalidades y consecuencias; fundadas en la arbitrariedad, la violencia y la astucia, las conquistas no han reportado sino ruina, masacres y sometimiento. Se trata de un cuestionamiento del procedimiento mismo de las conquistas armadas, en nombre de los valores

que niegan la primacía de la *areté/virtus* (las cualidades del soldado y del comandante en jefe). Partiendo de una visión escatológica de la historia, Orosio la ha nutrido de ejemplos tomados de los autores que ha leído y copiado (principalmente la *Historia universal* de Trogo Pompeyo, hoy perdida, a excepción de un índice de capítulos y de un resumen hecho por Justino).

2- Enfoquemos ahora una fase particularmente rica de las discusiones e investigaciones sobre Alejandro, que se inicia con Droysen. Se estudiará como contrapartida al historiador británico Grote, que tomó posición muy rápido y muy firmemente contra la representación que Droysen brindaba de Alejandro y de las consecuencias, queridas o no, de las conquistas<sup>7</sup>. El debate fue vivo: en efecto, se trató nuevamente de dos imágenes antitéticas, de dos retratos, uno muy positivo (Droysen), el otro muy crítico (Grote). Fueron muchos los historiadores que durante el XIX y todavía durante el XX participaron y tomaron partido: todavía hoy son numerosos los autores que continúan posando sus pies sobre las huellas de Droysen; por el contrario, en un volumen reciente (*Alexander and the East*, Oxford, 1996, p. V), A. B. Bosworth dice pertenecer a la descendencia intelectual de Grote y B. G. Niebuhr.

La primera frase del libro de Droysen da el tono: “El nombre de Alejandro marca en la historia del mundo el fin de un período y el comienzo de una nueva era”. Sigue la observación: “La historia no conoce ningún otro acontecimiento de carácter tan sorprendente. Nunca, ni antes ni después, un pueblo tan pequeño ha llegado a convulsionar tan rápida y completamente el poderío de un reino tan grande, y a fundar sobre sus ruinas nuevas formas de gobierno y nuevas nacionalidades”. De allí las cuestiones a las que el libro pretende responder: “¿De dónde ha tomado el pueblo griego la audacia necesaria para tal empresa, la fuerza para tales victorias, los medios para producir tales resultados? ¿Cómo es posible que el imperio de los persas, que había conquistado tantos reinos, tantas regiones, y había sabido dominarlos durante dos siglos, que había sujetado a los helenos al poderío asiático, que había desempeñado el rol de árbitro supremo, tanto sobre las islas como sobre el continente, se haya derrumbado al primer choque con los macedonios?”.

Las respuestas intervienen pronto, bajo la forma de un estado de situación en Grecia y el imperio persa, remontándose a la época arcaica griega y al período de Ciro. En cuanto a los griegos, se constatan dos etapas, la situación en Grecia, por una parte (marcada por la disolución interna de las ciudades), y la situación de Macedonia. Droysen cree que la guerra del Peloponeso representa una bisagra

---

<sup>7</sup> La bibliografía reciente y menos reciente sobre Droysen y Grote ha sido analizada en detalle en el transcurso de las conferencias. Recordemos simplemente que la primera edición del *Alejandro* de Droysen data de 1833.

para el equilibrio interno de las ciudades: “Tanto los antiguos lazos de las creencias religiosas, de las costumbres, de la vida familiar como el orden político y social estaban rotos o relajados por una civilización disolvente; durante las vicisitudes políticas, no sólo había perecido el sentimiento que ata al hombre al suelo, sino que también se acrecentaba el peligro de nuevas y más terribles explosiones con la masa flotante de exiliados políticos... Cada día mostraba con más evidencia y claridad que el tiempo de las autonomías minúsculas, de las ligas parciales con o sin hegemonía había pasado, que se hacía necesaria una nueva organización, panhelénica, constituida de tal suerte que las nociones, confundidas hasta ahora, de Estados y ciudades se distinguieran, y que la ciudad encontrara su lugar a título común en el seno del Estado” (pp. 29, 31).

Es en este contexto que, según el autor, se inserta el proyecto de la guerra contra Persia: “La idea de una lucha nacional contra Persia no había dejado nunca de acosar la imaginación griega. Del mismo modo que fuera para la cristiandad occidental y durante siglos, la lucha contra el infiel... A medida que la impotencia y la desorganización interna del gran imperio oriental se tornaban evidentes, más fácil y provechoso parecía aniquilarlo, y más general y segura parecía la idea de que este hecho debía y podía cumplirse... Una y otra idea parecían evidentes: era completamente natural considerar ambas cosas, la unificación de la Hélade y la guerra contra los persas, como un mismo trabajo y no esperar que se cumpliera una para realizar la otra. Pero, ¿cómo llevar a la práctica tales ideas?” (pp. 32-33).

La pregunta introduce las consideraciones acerca del segundo término: la Macedonia de Filipo II, de la cual admira la Real-Politik: “sus éxitos están basados en la unidad, el secreto, la rapidez y el espíritu de continuidad que guiaba sus empresas...” (p. 33). Demóstenes, por su parte, es digno de admiración en tanto que orador, aunque es criticable cuando se lo enfoca como hombre de Estado. Para Droysen, habría sido catastrófico que Atenas venciera a Macedonia: “El error de Demóstenes hace honor a sus sentimientos, pero no a su inteligencia, porque se equivocaba al pensar que con esta burguesía, Atenas, devenida elocuente, sin gusto por las armas y vulgar en sus apetitos, habría podido elevarse a una alta política o llevar a término una guerra larga y difícil” (p. 35). La victoria de Filipo estaba llena de esperanzas para la misma Grecia: “La batalla de Queronea y de la liga corintia habían creado sobre el suelo de los helenos una unión que garantizaba la paz interior y aseguraba en el exterior una política nacional y común. No se trataba de una hegemonía (como las de Atenas y Esparta)... era una constitución federal con un consejo y un tribunal organizado con jurisdicción sobre los estados aliados, los cuales conservaban su autonomía comunal, con una paz duradera, libertad de comercio entre ellos, garantías recíprocas; constitución regulada de tal manera, en vistas de la guerra decidida contra los persas, que lo esencial del poderío militar y de la política exterior de cada estado se confiaba, en virtud del juramento federal, al rey de Macedonia declarado jefe de la liga” (pp. 43-46).

Las circunstancias eran favorables, puesto que, a pesar de las cualidades que el autor reconoce a Darío, el imperio persa había ingresado desde hacía tiempo en un ciclo de decadencia acelerada: “El inmenso imperio de los persas había alcanzado el momento en que se habían agotado los elementos de su poderío, fuente de sus logros; no parecía sostenerse sino por la fuerza inerte de los hechos cumplidos” (p. 48).

Droysen es consciente del carácter sucinto del corpus documental: “La pobreza de las tradiciones históricas no nos permite, desgraciadamente, penetrar la factura de esta actividad, ni captar vivamente el intenso trabajo moral e intelectual de este adolescente que se propuso tareas sobrehumanas y las realizó. Los datos que poseemos nos permiten apenas reconstituir algunos fragmentos de su obra. Pero su magnitud nos permite adivinar la potencia creativa necesaria para concebirla y llevarla a cabo: nos da la medida del genio de Alejandro”. La visión del autor no se expresa de manera menos clara: “La acción era para Alejandro lo que el pensamiento para Aristóteles. Pero si el filósofo, refugiado en una calma propicia a la meditación, podía dar a su sistema metafísico toda la perfección y el rigor exclusivos del ámbito de las ideas, Alejandro se veía obligado a actuar en la vorágine de los acontecimientos y las reacciones imprevistas, que lo forzaban a tomar decisiones inmediatas. Si su obra de gobierno nos parece, a primera vista, un simple esbozo, conteniendo imperfecciones, y si el modo en que fue elaborada parece estar ligado a las pasiones, el capricho y el azar, no olvidemos que determinaba sus actos y conducía a crear nuevas condiciones de vida, a partir de pensamientos surgidos de un conflicto de circunstancias enormes. No olvidemos tampoco que estos pensamientos brillantes abrían horizontes siempre más amplios, suscitaban enfrentamientos más violentos y le imponían tareas más arduas”.

Incluso si el autor reconoce el carácter incompleto de la obra de Alejandro, la exposición que ofrece de las transformaciones aportadas por Alejandro al viejo imperio aqueménida, “edificio tambaleante, carcomido y defectuoso”, no deja dudas acerca de su visión positiva: la conquista ha permitido no sólo la expansión de la civilización helénica, sino también la “fusión” con la civilización asiática para dar origen a una nueva forma de civilización: “Finalmente, la Hélade se satisfacía en la sobreabundancia de Asia y Asia se nutría de las delicias del genio griego. Los pueblos se sentían de pronto despertando a la vida: Alejandro había acabado la obra esbozada por Dionisos”. Más aún: “el sueño de Olimpia se había realizado: la columna de fuego que había visto surgir de su pecho, la víspera de sus nupcias, había abrasado el universo, consumiendo todas sus fronteras, y sus reflejos flotaban todavía como un halo fosforescente sobre los desiertos del Septentrión y en los bosques del Ganges”. Al mismo tiempo, además, “una vida social absolutamente nueva se edificó sobre la desaparición progresiva de los prejuicios nacionales y sobre la confrontación cotidiana de opiniones y costumbres... El antiguo imperio de los aqueménidas no era más que un agregado

de pueblos, que no poseían en común sino los aspectos serviles; mientras que el imperio helénico gozaba de una unidad cultural, de gustos y costumbres, que sobrevivió a su fragmentación”. Tercer punto: la conquista macedónica aportó a Asia una forma de “renacimiento económico”.

El recurso a la tesis de la “decadencia aqueménida” no es, pues, lo esencial de la demostración<sup>8</sup>: si Alejandro ganó, no es sólo porque su adversario no estaba a la altura de las circunstancias (cf. La pintura más bien amable de Darío), es porque Alejandro encarna un genio excepcional, llamado casi necesariamente a cumplir esta tarea histórica que le fue asignada: reunir Europa y Asia, las cuales se fecundarían mutuamente para dar nacimiento a un nuevo mundo; éste daría el golpe de gracia al paganismo por un movimiento que el autor denomina *teocracia*, o “fusión de los dioses”, –movimiento que por sí mismo conduce al cristianismo–: “se hace así manifiesto que el tiempo de las religiones nacionales, es decir, las religiones paganas, había pasado, que la humanidad que se unificaba por fin tenía necesidad de una religión única y universal, y que estaba preparada para la misma; la teocracia no es más que una tentativa de producir la unificación, por fusión, de los distintos sistemas religiosos. Sólo que la unificación no puede lograrse por esta vía. Fue la tarea de los siglos helenísticos el producir los elementos de una unión más elevada y más real, desarrollar el sentimiento de lo finito y de la impotencia, la necesidad de la penitencia y del consuelo, la energía de la más profunda humildad, la fuerza que eleva al hombre hasta la libertad en dios y a la cualidad de hijo de dios. Se trata de siglos en que el mundo y los corazones se han sentido privados de dios, perdidos y sumergidos en la más profunda desesperanza, cuando se oye el grito de llamado al redentor. El antropomorfismo de la religión helenística culmina en Alejandro: un hombre devenido dios, el imperio de este mundo le pertenecía a este dios; en él, el hombre se ha elevado a alturas impensadas para la finitud y, por él, la humanidad se vio rebajada hasta prosternarse ante uno de aquellos que nacieron mortales”.

3- La influencia de Droysen fue enorme y duradera. La vemos en acción en Francia, en los manuales publicados por Victor Duruy (1811-1894), inspector general de educación secundaria, ministro de Instrucción pública de 1863 a 1869, miembro de la Academia Francesa desde 1884, etc. Su *Historia de los griegos* le valió en 1889 el premio Reynaud. Así, la obra de Alejandro es presentada en forma compacta en su *Compendio de historia griega*, clase de 5º, programa de 1857, París, 1858: “Los vencidos ganados por la consideración del vencedor e integrados en sus planes; el comercio, nexo entre las naciones, desarrollado a

<sup>8</sup> Tesis presentada habitualmente a partir de Bossuet y Rollin (P. B. *Darius dans l'ombre d'Alexandre*, pp. 116-122).

escalas inmensas y viendo por delante rutas nuevas o pacificadas por Alejandro, quien se las ha despejado, los puertos, las canteras, los sitios de refugio o parada que él ha dispuesto para ellos; la industria activada por la puesta en valor de recursos antes estériles; la civilización griega transportada y enraizada en numerosos puntos del imperio, a través de las colonias, de las cuales sólo una, Alejandría, constituía un nodo de circulación constante de riquezas e ideas; los pueblos, las ideas, las religiones, mezclados, confundidos en una unidad grandiosa, a partir de la cual surgiría una nueva civilización. Esto es lo que Alejandro había preparado y por lo cual, desde hace miles de años, el mundo se inclina ante el nombre de este joven victorioso”.

Las expresiones son retomadas casi literalmente en la *Historia de los griegos*, nueva edición III, 1889, p. 315, aunque con algunas diferencias notables. En principio (p. 302, n. 1), cita algunas fuentes al comienzo del capítulo dedicado a Alejandro; no deja de hacer referencias al *Alejandro* de Droysen, 1833, pero con algunas reservas notables: (a) la obra de Droysen es, por cierto, muy importante, pero se muestra demasiado favorable a Alejandro; (b) Duruy decide “transitar rápidamente por esta historia”, dado que “ya no se trata de la historia de Grecia”. Por lo demás, tras haber retomado la frase “Esto es lo que Alejandro había preparado y por lo cual, desde hace miles de años, el mundo se inclina ante el nombre de este joven victorioso”, la completa del siguiente modo: “...olvidando aquello que, con demasiado deleite en la juventud y el genio, se llama sus faltas”. Y continúa, trazando un cuadro poco favorable de la situación mundial posterior a Alejandro y sus eventuales derivaciones, un cuadro con varias escenas, en las que Duruy pone en duda la actitud pacifista de Alejandro. Paralelamente, se expresa de manera escéptica acerca de las ventajas para Macedonia, despoblada y debilitada al extremo, y para la Grecia propiamente dicha, vaciada de su sustancia, en beneficio de las nuevas tendencias asiáticas: “Todo, hasta los dioses, declina. Alejandro, extendiendo sus derechos de conquistador sobre el Olimpo, otorga el segundo lugar al templo y al dios de Amón, luego de Olimpia, pero después de Delfos... los últimos oradores han desaparecido junto con la libertad ateniense...”.

Así pues, Duruy asume los artículos canónicos acerca de la obra positiva de Alejandro (particularmente los aspectos económicos y comerciales), a la vez que modula muy claramente su juicio, de manera tal que resulta una opinión global negativa. Entretanto, un historiador británico, George Grote, ha publicado su obra, cuya influencia es subrayada por el mismo Duruy. Éste comenta que su preferencia marcada por Atenas, en detrimento de Esparta, expresada abiertamente en la primera edición de la *Historia de los griegos* (1851), le había valido una consideración muy negativa en los ambientes universitarios; por el contrario, tras la publicación de la obra de Grote, sus posturas adquirieron un nuevo carácter respetable, debido al inmenso prestigio del historiador inglés. Si Grote no es citado en el desarrollo acerca de Alejandro, su influencia es perceptible. Es

precisamente acerca de la idea sobre Atenas que los historiadores van a construir su visión de Grecia luego de Queronea. Ésta es paralela a la que se tiene acerca de Alejandro: una apreciación del rol histórico de Atenas tiene como corolario una apreciación más mesurada de Alejandro.

Antes de ocuparnos de Grote, hemos aludido a otro historiador de gran renombre, B. G. Niebuhr (1771-1831), cuya obra demuestra que la admiración por Alejandro, manifestada por Droysen, no era compartida por todos. Nacido en Copenhague, alumno prodigio o, en todo caso, muy dotado, con una reputación forjada en el ámbito del griego y el latín cuando sólo contaba veinte años. Tras haber desempeñado el cargo de historiógrafo real, fue nombrado profesor de la Universidad de Berlín. Su primer gran obra, *Historia romana*, fue publicada en 1812 y traducida al inglés por otro historiador inglés famoso, sobre el cual volveremos, Connop Thirlwall. Luego de haber sido embajador en Roma, regresó a Bonn, donde dictó cursos sobre diferentes temáticas, de la Antigüedad al período contemporáneo. Sus cursos de los años 1826 y 1829-1830 fueron publicados; una traducción inglesa fue publicada en 1852, bajo la dirección de L. Schmitz. El primer volumen, de 40 lecciones, conduce al lector de los asirios y los medos hasta mediados del s. V; el volumen II, de 80 lecciones, llega hasta la muerte de Alejandro; el volumen III va de la sucesión de Alejandro a la conquista romana.

Niebuhr, como vemos, es más joven que Droysen: muere dos años antes de la aparición del *Alejandro el Grande* de Droysen, y dicta sus cursos en Bonn al mismo tiempo que Droysen sigue los de Hegel en Berlín. Sus posiciones son muy diferentes: defensor de la libertad individual y colectiva, confiesa su rechazo por el sistema bonapartista, por su carácter opresor, militarista e imperialista. En 1805, traduce la *Primera Filípica* de Demóstenes y la dedica al zar Alejandro I: tomando partido contra el imperio napoleónico, marca su posición respecto de Filipo II, del cual condena sus métodos, aunque reconoce sus rasgos excepcionales; por lo demás, exalta a Demóstenes y condena a sus opositores (Esquines, Isócrates).

La pintura que hace el autor de los dos protagonistas, Macedonia y Persia, no es especialmente brillante: Persia se encuentra en una fase de decadencia moral y política acelerada (lección 70): “Por todas estas razones, debemos enfocar de manera diferente a la habitual la guerra conducida por Alejandro. En un principio, no podemos colocarnos a su lado; luego, cuando todo fue ya decidido, es imposible simpatizar con ningún bando... persas y macedonios eran igualmente buenos y malos” (p. 381). El juicio ulterior sobre Alejandro es equilibrado, positivo y negativo a la vez, incluso si el aspecto negativo parece imponerse: “Muy pocos hombres han adquirido tanta celebridad en Europa y Asia como lo ha hecho Alejandro; con la excepción de Carlomagno y, quizás, Constantino, es el único que se convirtió en un ser poético. Alejandro es para Oriente lo que Carlomagno para Occidente; y cercano a Rostán, es el principal héroe de los

cuentos de hadas y de las novelas persas. Para nosotros, es un hombre de importancia excepcional, en la medida en que ha dado al mundo una nueva imagen... fue el primer europeo victorioso en Oriente. Asia desempeñó su rol en la historia y estaba llamada a convertirse en esclava de Europa. También fue el héroe de los griegos, incluso cuando era para ellos un extranjero, como Napoleón lo era para los franceses, incluso si ha hecho remontar su familia hasta los héroes míticos de Grecia” (p. 399).

El autor decide no juzgar a Alejandro a partir de las acusaciones dirigidas contra él desde la Antigüedad, considerando el carácter injusto de las guerras, porque, escribe, “toda la historia del mundo gira en torno de la guerra y la conquista” (p. 399).

Completamente diferente es la idea que se ha hecho acerca de su carácter: “reconozco que me he forjado una idea muy desfavorable del personaje: accede al trono a los veinte años, tras haber conspirado contra su padre, demostrando con ello una crueldad semejante a la de los Medici del s. XVI, como Cosme de Medici y sus dos hijos; sacrifica no sólo a su madrastra a Olimpia, también es responsable de la muerte inocente de la pobre Cleopatra, así como de muchos otros parientes más próximos; Plutarco muestra una parcialidad infundada hacia él: de hecho, su ebriedad no puede ser negada...; por otra parte, hizo asesinar a su lugarteniente más inocente y digno de confianza, el mejor general de su padre, de manera verdaderamente oriental... el asesinato de Cleitos fue un acto absolutamente horrible... Elogiados como generosos, todos sus actos están marcados por la teatralidad y la ostentación. Es cierto que estaba realmente vinculado a Aristóteles, pero incluso los leones y los tigres manifiestan cierta gentileza hacia aquellos que los han alimentado y cuidado durante su juventud, hasta que la bestia se despierta en ellos con total ferocidad...su generosidad hacia las princesas persas no tiene nada de extraordinario; si no se trata de ostentación, se trata de algo que ocurre a diario; pero, en su caso, es pura ostentación. Sin embargo, se debe reconocer que Alejandro es un fenómeno notable; pero la alabanza sólo puede dirigirse a su inteligencia y talento. Fue, simultáneamente, un hombre extraordinario, con la visión de un profeta, un poder por el cual también se distinguió Napoleón” (pp. 398-402).

Vuelve a menudo sobre el juicio que debemos forjarnos acerca del personaje. Se defiende de querer utilizar la paradoja, de la cual dice desconfiar. En este sentido, afirma que la empresa de conquista fue la de un aventurero: comienza la guerra sin disponer de reservas y cuando los hombres de Macedonia habían sido ya diezmados por las guerras de Filipo; apostó todo a un golpe de dados, como un jugador. Si Darío hubiera tenido las cualidades suficientes, Alejandro seguramente habría sido vencido (pp. 429-430).

En cuanto a la obra e influencia de Alejandro, el juicio global es negativo. Condena la “orientalización”: “De hecho, los macedonios... fueron obligados a

adoptar las malas costumbres de los orientales y, pronto, a aprender los aspectos más condenables del lujo oriental... Él mismo adoptó la condenable pompa del despotismo oriental...” (pp. 462-463). De manera más general, el autor pone en duda los beneficios de la conquista. Ésta fue desastrosa para Grecia, y las regiones orientales (con excepción de Egipto) recogieron pocos frutos, puesto que las colonias no resultaron estables”. Por lo demás, los contemporáneos no se hacían ilusiones: Alejandro murió siendo detestado en Grecia y Macedonia. Su empresa conducía necesariamente a la ruina. Su propósito no era helenizar Asia, sino transformar a Grecia en Persia.

Así, paralelamente a Hegel y Droysen, surgió una idea bien diferente de Alejandro, de sus conquistas y las consecuencias a mediano y largo plazo. La admiración por el hombre de guerra y su genio es afirmada, al tiempo que se expresa un juicio muy severo acerca de la empresa misma y sus consecuencias. Niebuhr expresa, asimismo, su hostilidad de fondo respecto de las grandes construcciones imperialistas, así como un desprecio profundo por los “asiáticos”.

4- Como señalaba Momigliano (que lo ha incluido en su conferencia inaugural en la University College London), la historia de la antigua Grecia forma parte de una lucha política; el debate sobre el s. IV ha comenzado casi un siglo antes de Droysen, a partir de la primera mitad del s. XVIII, en Francia. Tempranamente, en Inglaterra, frente a los que proponen la elección de una cámara de los comunes mediante sufragio universal, aquellos que serán llamados “liberales”, entre los que se encuentra George Grote, otros autores de historia griega defienden, por el contrario, un régimen monárquico y oligárquico. Entre los opositores a la democracia se encuentra, por ejemplo, Edward Wortley Montagu (1713-1776), que publica en 1759 su obra: *Reflections on Rise and Fall of the Ancient Republics. Adapted to the present state of Great Britain*, traducido al francés en 1793, bajo el título: *De la naissance et de la chute des anciennes républiques*. Tesis: el pueblo ateniense contaba con demasiados recursos y llevó adelante una política exterior desastrosa. El autor estima que de aquí se siguen numerosas enseñanzas para su tiempo: “Mediante la advertencia de su destino, vemos que el método más eficaz que puede adoptar un mal ministro para domesticar el espíritu de un pueblo valiente y libre es transformarlo en esclavo, promover el lujo e incentivar y difundir el gusto por los entretenimientos públicos” (lo que llama *mob government* o gobierno del populacho). Otro autor es Stanyan, fuertemente influenciado por el estilo moralizante de Rollin, que escribió una historia de Grecia hasta la muerte de Filipo de Macedonia (1707, 1731, nueva edición 1771; traducida por Diderot en 1743, *Histoire de Grèce*, 3 volúmenes, París): insiste sobre el rol desastroso de las facciones internas de la ciudad; piensa también que las instituciones británicas son las mejores, no demasiado lejanas de la perfección. El estilo fue retomado por otros dos historiadores del mundo griego antiguo,

William Mitford (1744-1827) y John Gillies (1747-1836), que produjeron las dos primeras “historias griegas” con pretensión de exhaustividad; ambas incluyen la expedición de Alejandro. Ambas son muy hostiles a la democracia ateniense del s. IV y ven en la Revolución Francesa la peor opción, cuando el populacho ya no cuenta con ninguna educación<sup>9</sup>. Ambos hacen de Filipo un príncipe esclarecido, como se lo concebía fácilmente entonces. Gillies (que viajó mucho a la corte de Prusia) ha publicado también, a partir de 1789, una memoria titulada: *Visión sobre el reino de Federico II con una comparación entre este príncipe y Filipo II de Macedonia*.

Entre los historiadores de esta época que tuvieron gran renombre, hay que mencionar al obispo Thirlwall, cuya obra fue publicada entre 1835 y 1847<sup>10</sup>. Denuncia el enfoque parcial y partidista que se ha adoptado en la historia griega, en vista de estrechos objetivos contemporáneos: ciertamente, el autor denuncia la evolución de la democracia ateniense, pero también le reconoce sus méritos. En cuanto a Alejandro, Thirlwall (que ha leído a Droysen de manera crítica) juzgaba que su influencia sobre los vencidos fue, en general, favorable<sup>11</sup>.

Con todo, el historiador que ocupó un lugar decisivo durante las primeras décadas del s. XIX fue George Grote, amigo de Thirlwall y también relacionado con Niebuhr (publicó en *Westminster Review* un *compte-rendu* muy favorable a la *Historia romana* de Niebuhr), y opositor a las tesis de Droysen. Nacido en 1794, murió en 1871; sucedió a su padre en la banca. Marcado por la influencia de Bentham y Mill, fuertemente comprometido con la política de su tiempo, se interesó por la historia griega, especialmente la de Atenas, enfocada como un modelo para reflexionar. Publicó en 1826 un “review-article” sobre la obra de Mitford (escrita entre 1815 y 1822), “Notes on Grecian History” en la *Westminster Review* 5, 1826, pp. 269-331; a través de esta obra, denuncia el bajo nivel de la historia antigua, confinada a estudiar la lengua y la métrica, en lugar, escribe, “de develar el

<sup>9</sup> Cf. la dedicatoria de Gillies al rey de Inglaterra en su *History of Ancient Greece...*, I, 1790: “The history of Greece exposes the dangerous turbulence of democracy, and arraigns the despotism of Tyrants. By describing the incurable evils inherent in every form of Republican policy, it evinces the inestimable benefits resulting to Liberty itself, from the lawful dominion of hereditary Kings, and the steady operation of well-regulated Monarchy. With singular propriety, therefore, the present work may be respectfully offered to your MAJESTY, as Sovereign of the freest nation upon earth...”.

<sup>10</sup> Biografía por su descendiente homónimo, John Connop Thirlwall, *Connop Thirlwall, historian and theologian*, Londres, 1936; en último lugar, K. N. Demetriou, “Bishop Connop Thirlwall: historian of Ancient Greece”, *QdS* 56, 2002, pp. 49-90; asimismo, Id., “Historians on Macedonian Imperialism and Alexander the Great”, *JMGS* 19, 2001, pp. 23-60). La figura y la obra de Thirlwall serán reexaminadas en las conferencias 2003-2004.

<sup>11</sup> Ver Thirlwall, *History of Greece*, VII, 1840, pp. 109-115.

mecanismo de la sociedad y de mostrar los numerosos ejemplos que el fenómeno griego ofrece sobre la naturaleza humana”. Escribió su *Historia griega* entre 1845 y 1856. Fue un gran éxito (cf., por ejemplo, el elogioso *compte-rendu* de los dos primeros volúmenes por Prosper Mérimée en la *Revue des Deux Mondes* 18, 1847, 52-69 : “Sobre la historia antigua de Grecia”).

Admirador de Demóstenes y acusador de Filipo II, Grote considera el período llamado helenístico como un apéndice muy poco interesante de la historia persa propiamente dicha: “Luego de la generación de Alejandro, la acción política de Grecia se cierra sobre sí misma y se envilece, no teniendo ya interés alguno para los lectores, ni influencias sobre el mundo posterior...”. El eclipse de Grecia se fecha a partir de Alejandro: “La libertad de la Hélade, vida y alma de esta historia desde el comienzo, desaparece por completo durante los primeros años del reinado de Alejandro...”. En efecto, “las conquistas asiáticas de Alejandro no pertenecen directa y literalmente al dominio de un historiador antiguo. Éstas fueron llevadas a cabo por ejércitos cuyo general, principales oficiales y la mayoría de los soldados eran macedonios. Los griegos que servían bajo sus órdenes eran sólo auxiliares, con el mismo título que los tracios y peonios... No tenían ningún interés colectivo en la victoria del invasor, victoria que podía tener como consecuencia última una sujeción todavía mayor”.

En cuanto a las victorias de Alejandro, se explican por el valor del general y las posibilidades del instrumental legado por Filipo II, pero también por la debilidad del enemigo persa, cuya historia, a partir de Jerjes, está marcada por una irremediable decadencia. Designado por Grote como “un príncipe nacido con mala estrella”, Darío es juzgado con extrema severidad.

Alejandro mismo es denunciado a menudo, particularmente por sus actitudes y decisiones posteriores a la desaparición de Darío (330). Grote juzga sin indulgencia la ejecución de Filotas, a propósito de la cual expresa su visión de un Alejandro más próximo a la barbarie que a la civilización griega: “Entre los numerosos hechos trágicos relatados a lo largo de la Historia, no hay ninguno que resulte tan indignante como la muerte de estos dos generales. De una violencia extrema en todos sus impulsos, Alejandro demuestra en esta ocasión un rencor personal digno de la ferocidad de su madre Olimpia, exasperado antes que apaciguado por los servicios pasados. Se puede sentir aquí hasta qué punto hemos abandonado los sentimientos cívicos griegos, justamente en lo que hay de más salvaje en el guerrero ilirio, parcialmente orientalizado” (p. 22). Las bodas de Susa prueban, a los ojos de los mismos soldados, “su preferencia por el carácter asiático y el rechazo de su propia tierra”. Más aún, “sus conquistas significaron la extinción del helenismo auténtico, aunque hayan difundido un barniz exterior, especialmente la lengua griega, sobre la parte más extensa del mundo oriental. Los genuinos intereses de los griegos se sitúan mucho más cerca de Darío que de Alejandro” (IX, 413). Y citando a Droysen entre aquellos

que han hecho de Alejandro, un “hijo de la Hélade, imbuido de los preceptos de Aristóteles y dedicado a difundir la cultura griega por el bien de la humanidad... en lugar de helenizar Asia, tendió a asiaticar Grecia”. Encontramos aquí una idea y una formulación que habían sido ya propuestas por Niebuhr y que fueron posteriormente retomadas (en un contexto completamente diverso) por Gobineau.

Finalmente, muchos cursos se propusieron analizar la recepción del trabajo de Grote, en comparación con los de Thirlwall, Niebuhr y Droysen. Se ha prestado especial atención a un largo *compte-rendu* del volumen dedicado por Grote a Alejandro, publicado por el historiador inglés E. A. Freeman, en 1873<sup>12</sup>, que concluye con un alegato en favor de una visión equilibrada de Thirlwall, presentada en estos términos: “Nunca se queda atrás en la extensión de sus investigaciones y, si es aventajado por alguno de sus rivales en el brillo del descubrimiento original, los excede a todos por su calma y facultad de juicio, sin las cuales la investigación y el descubrimiento no son nada. Respetaremos siempre el juicio de este gran historiador”. El largo texto de Freeman da cuenta, con gran precisión, de los fundamentos de los debates que opusieron a los historiadores de ese momento, en torno a las consecuencias de las conquistas de Alejandro. El debate sigue vigente y numerosos artículos y estudios actuales retoman incansablemente, sin citarlos (a veces, incluso, sin conocerlos), los argumentos que intercambiaban los historiadores ingleses y alemanes durante los años 1840-1870.

Asimismo, se han mencionado los comienzos de la historiografía sobre Alejandro en Francia, punto sobre el que volveremos de manera más exhaustiva el año próximo.

---

<sup>12</sup> “Alexander the Great. (*History of Greece*, vol. XII, G. Grote)”, en: *Historical Essays*, Sec. Series, London, pp. 161-206. Este aspecto puntual será objeto de una publicación específica.